

UN POETA EN EL HORIZONTE DE RODOLFO KUSCH: MIGUEL ÁNGEL BUSTOS

Blanca María Durañona
bduranona@yahoo.com.ar

ABSTRACT

La presente ponencia tiene como propósito retomar algunos de los temas presentes en la obra de Rodolfo Kusch, que han ido cobrando una dimensión cada vez más significativa en cuanto a su carácter de reconocimiento de la cultura de los pueblos indígenas de América. El trabajo procura ver reflejada la obra de Kusch en la poesía de Miguel Ángel Bustos, enfatizando elementos de las ideas de uno con las figuras poéticas del otro, estableciendo paralelos entre los textos de Kusch y los poemas de Miguel Ángel Bustos, para finalmente, concluir en que ambos coinciden en una visión trascendente que, en el caso de Miguel Ángel Bustos, se extiende más allá de América, al nacimiento de los pueblos de Oriente; ambos se vuelven partícipes de una cosmología que se propone proyectar las civilizaciones primitivas a un lugar de revelación universal.

PALABRAS CLAVES

Cosmovisión, tensiones, raíz vital, integración, contemplación, compromiso.

ABSTRACT

The purpose of this paper is to take up some of the themes present in the work of Rodolfo Kusch, which have been gaining an increasingly significant dimension in terms of their recognition of the culture of the indigenous peoples of the Americas. The work seeks to see reflected the work of Kusch in the poetry of Miguel Angel Bustos, emphasizing elements of one's ideas with the poetic figures of the other, establishing parallels between the texts of Kusch and the poems of Miguel Angel Bustos, to finally conclude in which both coincide in a transcendent vision that, in the case of Miguel Angel Bustos, extends beyond America, to the birth of the peoples of the East; both become partakers of a cosmology that aims to project primitive civilizations to a place of universal revelation.

KEYWORDS

Worldview, tensions, vital root, integration, contemplation, commitment.

INTRODUCCIÓN

La primera vez que asistí a unas Jornadas sobre el pensamiento de Rodolfo Kusch, fue en Maymará, Jujuy, en el año 2012, y en ellas oí hablar sobre su forma de trabajo con los habitantes de esa zona del Noroeste argentino: Creo que fue su esposa la que comentaba que, cuando iba con su equipo de ayudantes a registrar lo que los aborígenes pudieran expresar, les advertía a aquéllos que tan sólo escucharan, que no preguntaran ni conminaran los posibles relatos que surgieran de labios de los habitantes. De modo que con sencillez y paciencia iba tratando de establecer un vínculo que reprodujera la misma parsimonia que mostraban los aborígenes.

Saber de ese lenguaje de escucha atenta, me imagino que acompañado de gestos confiables y receptivos que, al parecer, tenían en cuenta no sólo lo que los “entrevistados” pudieran expresar, sino también a la Naturaleza y el entorno que rodeaba esas circunstancias, me impresionó en ese momento y más aún, al confirmar que fue la manera con la que Kusch llevó siempre a cabo todas sus investigaciones.

De la obra de Miguel Ángel Bustos me enteré por casualidad, un día en la presentación que hizo su hijo Emiliano Bustos, replicante de su padre, puesto que es también poeta, dibujante y periodista. Me atrajo primero el hecho que ilustrara sus poemas con dibujos propios; luego sus poemas concitaron toda mi atención y más tarde, me impactó saber su destino de desaparecido durante la Dictadura militar que sojuzgara al país, desde 1976 a 1983.

Creo procedente señalar una coincidencia en materia ideológica entre la posición filosófica de Rodolfo Kusch y la pulsión poética de Miguel Ángel Bustos, más allá de que no existió una conexión entre ellos. Rodolfo Kusch, como sabemos, alineó su pensamiento dentro de la ideología peronista. Y aunque Miguel Ángel Bustos no militó en las filas del peronismo, y en su poesía no hay indicios decisivos de su inclinación política, excepto por un poema dedicado a las víctimas de Trelew, enroladas con el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), sus textos

periodísticos y su participación en los sucesos y actos de esa década de los 70 lo ubicaron en una posición decididamente de izquierda. Que su obra poética y periodística haya llegado a conocerse se debió a la paciente tarea de recopilación que realizara su hijo, después de su desaparición.

SIGNOS DE IDENTIDAD

Rodolfo Kusch supeditó todas sus investigaciones a la búsqueda de darle un sentido trascendente a las expresiones y reacciones humanas de ese mundo alejado del contexto urbano. Procuró relevar las tensiones surgidas durante los encuentros entre los indígenas y los investigadores., detectando los motivos que dieran lugar al conflicto. Conflicto ineludible cuando se relacionan espacios humanos tan contradictorios: uno, conectado con lo seminal, lo originario, lo que proviene del suelo; y otro, regido por la mentalidad occidental. La solución de ese conflicto dependerá del compromiso que se ejerza para ver más allá de la apariencia de las cosas; de la sensibilidad para comprender la realidad de los indígenas y tratar de integrarse a su cosmovisión; de la capacidad de ver a través del sentir propio en relación a ese mundo innombrable.

La visión de Miguel Ángel Bustos, como un rayo X, pasa a través de las apariencias para captar los signos esenciales que rechazamos como sueños o delirios. El alcance de su visión se remonta a los orígenes de América, pero se extiende al Oriente, al nacimiento de las civilizaciones. Y, en ocasiones, se vuelve íntima, sensual o mística. Bustos demuestra que las fuerzas mágicas no pueden morir, mientras el hombre, por el terror que siente hacia sí mismo, las siga invocando” (1970-188)¹ “Lenta, dolorosamente supe que si el fin era el Himalaya, las metamorfosis necesarias niegan tiempo, espacio, ética y conciencia. Si yo soy mortal y mi visión ignora cuándo es vocablo un mar que estalla y no, ya no, un temblor- sonido destinado a engendrar y proyectar, recién en quién sabe un día lejano algo desconocido, todo será ambiguo.”

Y propone la manera de enmendar esa ambigüedad: “Nombrar es volver a la tierra original que piensa el Nombre de los Nombres”²

1 “El color y el delirio”, Panorama, Nro.188 (1970, 1 de diciembre)

2 Bustos, M. A. (2008), “El Himalaya o la moral de los pájaros”, Libro Primero, Editorial Argonauta.

INSTALADOS EN EL TIEMPO

“Soy en gran parte lo que he olvidado y en ese olvido me instalo yo y mi comunidad con esos mismos problemas que sufro aquí y ahora en un instante del tiempo cuya fecha incluso no me acuerdo, y que es en realidad todo el tiempo” (Kusch: 2008).

Kusch, parece contraponer a la dimensión lineal que tiene el tiempo en Occidente, la importancia de lo que prevalece en lo interno de los acontecimientos; el tiempo, para él, está ligado a la espera, es un tiempo circular, equivalente al tiempo de la cosecha, que encierra la siembra de la semilla, el ciclo evolutivo en la tierra y la cosecha del fruto. No es un tiempo acumulativo y transitorio; es un tiempo ligado a la memoria ancestral, que contrarresta al olvido.

Por su parte, declara Miguel Ángel: “Ante el enigma que me representa la vida de un instante, la extraña multiplicación que une las cosas y los hombres, sólo puedo proceder plantándome justo en el filo de todo, tratar de tomar el bulto irradiante de la existencia con el peso exacto del sonido y del color, construir con mi carne y con todo lo que me es exterior estos murales. Ante todo ver más allá. Hacer murales con el alma del hombre”

En el poema “El Himalaya o la moral de los pájaros”, dice Bustos: “Pero si hago del instante un territorio sin fronteras y con lejanas montañas de oro; una casa de mil y mil jardines con árboles que devoran el cielo y lanzan en mí el grito de los dioses huyendo o muertos por los campos del aire, iré por una calle común a todos pero sólo por este instante milenario y sin tiempo, transitada por mí”

Plantarse, instalarse, hacer prevalecer el instante preciso y presente en el que coincidan dimensiones comunes a todos los hombres, ése parece ser el propósito de ambos.

EL PAISAJE QUE SUBVIERTE

Manuel Ugarte, otro de nuestros autores bastante relegados, dice:” Hay que tener en cuenta, además, la influencia del paisaje, En nuestra América correntosa, inédita por la juventud, sin precedentes por

la extensión, inverosímil por las variedades fecundas, son diferentes las auroras, las montañas, los árboles y hasta las estrellas. Al sintetizar la tierra nueva, no es necesario recurrir a la tapera y al ombú, que son las concreciones vulgarizadas. No es indispensable internarse en las vastas extensiones o en las selvas primitivas. Para encontrar carácter, emoción, alma inexpresada, basta un crepúsculo, un puente, un arroyo. Basta sobre todo un hombre que se mire en la fuente de su verdad.” (Ugarte)

En todos los elementos del paisaje aspiramos a recuperar nuestra raíz vital. En la montaña, en el lago, en el árbol están confluyendo el día y la noche, la luz y las sombras, la vida y la muerte.

Tanto Kusch como Bustos ejercen una visión de la tierra asociada al sacrificio, a las luchas por la emancipación, al dolor, a lo mítico y tienen, ambos, una cosmovisión similar al considerar los hechos con una óptica semejante.

Bustos plantea una reciprocidad de miradas; “¿Quién mira: la flor o nuestros ojos? El relámpago que enlaza y coagula los ojos en la flor, el relámpago ¿mira?”

En esa conjunción de miradas, el habitante original de América parece saber que es mirado por la Naturaleza, precisamente porque en ella encuentra la verdad de su existencia.

“La frontera de lo atroz es sombra de la luz en sombras, mira sin ver, pues quién mira”: Paradójicamente, Cézanne escribió en alguna ocasión que los campesinos de Aix- en- Provence no veían, o decían no ver la montaña de Saint Victoire que él solía pintar tantas veces. Quizá se tratara de una forma de preservar el paisaje de su comarca.

Esa discrepancia puede, ciertamente, trasladarse a la negación de los habitantes del Cuzco para aceptar las propuestas modernizadoras que les proponían los técnicos. “Lo que se vive niega lo que se está afirmando” (Kusch, 2008).

LA INTEMPERIE DE LAS CIUDADES

Ambos, Kusch y Miguel Ángel Bustos mencionan a Cuzco como la ciudad que concentra la identidad de lo extraño. Bustos dice “¿Qué ciudad

es ésta y cuál su ciego soñante que en un letargo de entrañas me lleva por su fiebre a través de patios y plazas vacías en pesadilla de nadie?. Inicié una calle cortada en escalones que caían, sin herir, oscuras palmeras y helechos y vi en un zaguán iluminado por luces en nichos profundos; un zaguán repetido en la sucesión de nueve patios; un jinete en pálido caballo venir a mí y decirme: estás en el Cuzco, Coxco, corazón del delirio” (Bustos, “El Himalaya o la moral de los pájaros”, Libro Segundo, Primera Parte).

Y Kusch afirma: “En ningún lado como en el Cuzco se advertía esa condición de un mundo adverso en el que nos sumerge esa lamentable y sorda hostilidad irremediable”, señalando que allí parece emerger “un miedo antiguo como la especie, que el mito de la pulcritud procuró remediar con el progreso y la técnica, pero que repentinamente, se aparece ante nosotros.” (Kusch, 1999).

En ese plano, el planteo del hedor y la pulcritud se ensambla con ciertos residuos cosmogónicos, algo así como el miedo a la antigua ira de dios desatada en la piedra, en los valles, en los torrentes y en el cielo con sus relámpagos y sus truenos.

Quizá sucede, tanto en el Cuzco como en otras ciudades ancestrales, al revés de lo que en cualquier ciudad occidental moderna, de las que alguien puede decir:” sólo quedan lugares donde uno ya no puede creer en nada” (De Certau)³

Las ciudades, entonces, parecen encerrar, en relación a sus habitantes, la ausencia de las posibilidades de reencontrarse, y en relación a los campesinos, parecen representar una forma de imposición. “Una ciudad como simple refugio no puede coexistir con la vida, ni puede ser exhaustiva como la vida, sin ser un lugar de llanto, de negación y de abulia metafísica” (Kusch: 2008)

Mientras los indígenas, o los campesinos, están conectados con el suelo y con el cielo, esa conexión directa se ha esfumado en las ciudades; y lo que sobreviene es ese sentimiento de incomodidad. Kusch no habla de imposibilidad respecto a una conciliación, pero siempre que medie una tarea de introspección que facilite la resolución del conflicto y reestablezca los valores de cada comunidad.

3 De Certau, M. (“La invención de lo cotidiano”, El oficio de la Historia, 2007)

Muchos autores comparten la crítica visión sobre las ciudades que tiene Rodolfo Kusch. Me permito asociar a otro poeta; entendiendo que, de este modo, se acrecienta el propósito de establecer una conexión latinoamericana asociada a la cultura de lo seminal acendrada en la tierra. Se trata de Aimé Césaire, el poeta martiniqués que clamara por la vigencia de la Negritud. El señala la degradación que provoca la ciudad: “Esta ciudad inerte, esta extraña muchedumbre que no se mezcla, / esta muchedumbre desolada bajo el sol, / sin participar en nada de lo que se expresa, / esta ciudad con sus miedos agazapados en los barrancos/ sus miedos excavados en la tierra”. Y de nuevo cito a Bustos: “Es el terrible puerto de esta terrible ciudad, abandonado o muerto, cerca del mar que mira poseído, hacia el Polo de la Aniquilación,” Bustos, M. A.: “El Himalaya o la moral de los pájaros”.

LA MIRADA SOBRE EL ARTE

Refiriéndose al arte, dice Kusch: “Hay en el arte indígena una incautación del espacio como cosa, del espacio mágico y demoníaco que encierra la posibilidad de destrucción del hombre y se halla mágicamente cargado de demonios y dioses adversos. En este punto es donde se diferencia de la creación occidental, el artista indígena precolombino crea la obra funcionalmente entre lo humano y el espacio-cosa. Por una lado, parte de lo humano contemplando la posibilidad de la sobrevivencia y, por el otro, involucra la inhumanidad del espacio como elemento antagónico y ofensivo que al fin y al cabo es el verdadero configurador de la monstruosidad indígena. En otras palabras, el arte indígena surge del espanto humano ante el espacio inhumano, como cristalización sangrienta y tremenda de ese constante estar al borde de la muerte y de la aniquilación.” Anotaciones para una estética de los americano.

La poesía es de por sí una manifestación artística. Pero además, en el caso de Miguel Ángel Bustos, él era también periodista y dibujante; de hecho, todas sus obras están ilustradas con sus dibujos, los que realizaba con tinta china o pastel.

“Obedecemos a un idioma abstracto, como en todo el Occidente; no tenemos jeroglíficos, como los mayas. Yo quise que este libro se abriera y se leyera como los sacerdotes mayas o aztecas cuando abrían a pleno sol

sus códices y leían las figuras trasmutadas así: el dibujo era verbo, y el verbo dibujo.”⁴

También refiere que los indígenas dibujaban el trazo del verbo sobre el papel, como si fuera el paso de una estrella. “No era verbo, ni dibujo, ni jeroglífico. Era la trasmutación de todos los elementos: era una huella cósmica en movimiento.”

En sus dibujos podemos observar dos vertientes: una benigna; otra, maligna, referidas a dos formas de actuar de lo divino, o quizá, se podría decir, relacionadas a dos estilos sagrados: el éxtasis gozoso y el espanto. En una entrevista, el poeta expresa que puede darse en él una exaltación de lucidez y de euforia, como si gozara de todo el cosmos a la vez.⁵

Es curioso observar como, tanto Kusch como Bustos, emplean los términos “aniquilación” y “cristalización”. Son términos que enuncian condiciones extremas, una que remite a la masacre y otra, a la inmovilidad. El arte concilia, exhibiendo esas condiciones extremas que puede acarrear el comportamiento humano, si pierde la conciencia del cosmos.

CONVERGIENDO EN EL HORIZONTE

La filosofía de Kusch expone un posicionamiento colectivo: “En el fondo de todo no estoy yo, sino que estamos nosotros”

También en Bustos aparece un inconsciente colectivo, que muestra la existencia de una conciencia de todos:

Yo pienso *masivamente*. Mi pensamiento se mueve por masas. Entro en el gran camino de los elementos. Desaparece el rastro luminoso del manuscrito y nace un estado que, en su empuje, origina otros que quedan en *mí* como memoria y saber de esta memoria, (Bustos, El Himalaya o la moral de los pájaros).

E ilustra esos estados ligados a la memoria y a la reciprocidad de los elementos: “No, yo no voy en este cuerpo que me lleva, ni toco en el agua un

4 Entrevista a Miguel Ángel Bustos, “América antes de la violación”, “Análisis” Nro. 508, 8/12/70

5 Entrevista: “Miguel Ángel Bustos y la doble red”, Revista La Nación, 24/1/71.

elemento que fluye y se estanca hasta morir. A quien ves, cuando me miras, es aquel rostro que te doy por miedo jamás ver tu calavera que finge ojos verdes, húmedos lentos sobre tu boca que recita letanías entre incienso y campanas que están en mí. Oigo tu voz idéntica en vos, ajena a mi memoria que te quiere inmóvil. Si me siguieras, si llegaras a mi cristal. En su casa de Fulgores, ¿quién podría decir: yo, me siento el yo de mi rostro para vos? Estaría en vos y hablaría a aquel mi cuerpo que cree poseerme. Terrible si alguna de tus almas, huyendo de la eternidad que nos persigue en la infinita repetición, no siente la *ausencia*, la ausencia del viento y el *sonido* caer en cuerpos imaginarios, muertos y errantes en la noche inmortal.

Si alguien me preguntara *qué* soy; porque ciertas sombras marean; le diría: no soy todo, ni nada, ni algo. Con mi cristal soy el planeta que te lleva por mares a tierras de oro y rapiña y el horizonte te lo doy yo (Bustos, El Himalaya o la moral de los pájaros).

Podemos situarlos a ambos en un mismo punto del cosmos, en un espacio donde la Naturaleza es la que promueve los signos esenciales provenientes de la tierra. Hay una reciprocidad de ofrenda, una comunión de sentimientos, un espejo místico una proyección que incluye al otro en una acción colectiva, que si bien congrega a los seres, parte de un horizonte que se ubica en esta tierra, más conectado a una manera de estar, a una impronta sujeta al devenir del cosmos.

Kusch hubiera descubierto en Bustos lo que cree reconocer en los Cantos de Maldoror: Dice de éstos que parecen haber sido escritos *en negativo*: “*definen lo que no quieren definir (...)* Aquí la palabra desempeña un papel secundario. Un mundo demoníaco la dispone aparentemente según una voluntad arbitraria, y tiene un poder sugestivo que rebasa su condición como tal.

Probablemente, de haber leído a Bustos, diría de su obra lo mismo que dice de Lautréamont y sus “Cantos de Maldoror”.

Leopoldo Marechal dice de Miguel Ángel Bustos en el Prólogo a “Visión de los hijos del mal”: “El poeta es habitante de un mundo coloreado, rico en formas que parecerían indestructibles y en acontecimientos que parecerían eternos, Y, sin embargo, desconfía ya de esa frágil perennidad, no tarda en descubrir su tramposa ilusión, y comienza él a vislumbrar la esfera de lo que no es precedero ni transita ni se divide ni duele.” Tal la ilusión que suele trazar la línea del horizonte, hasta que se trasciende.

Si hubiera tropezado previamente con uno de los textos que integran el Apéndice de “La negación en el pensamiento popular”, titulado “Maldoror, monstruo americano”, lo que fue la semilla de este trabajo no hubiera sino abonado un surco consabido, es decir, no hubiera sido una semilla arrojada en forma intuitiva; en fin, habría sido un trabajo premeditado, previsible; ignoro si igual de meritorio. Suele ocurrir, en este campo y en otros órdenes de mi vida (se podría hablar de órdenes caóticos) que, de pronto surja el hilo de Ariadna que me ayuda a sortear la maraña en la que me he embarcado. Quizás, el haberme identificado tanto en su momento con el cuadro “La necesidad de mapas” de Andrés Weissman, en el que se ve a una muchedumbre apiñada y carente de norte, tiene que ver con algunos estados a los que me llevan mis intentos.

Mi interés por Rodolfo Kusch proviene de una curiosidad filosófica o antropológica y, sin duda, por afinidad con su compromiso social y político. Esto quizá explique que, a pesar de ser de Letras, el único texto de “La negación en el pensamiento popular” que había omitido leer era, precisamente, el de Maldoror, que integra con otros tres, el Apéndice de dicho libro.

En cambio, sí había comprobado la conexión de la obra de Miguel Ángel Bustos con la impronta poética del Conde de Lautrémont, seudónimo de Isidoro Ducasse, autor de los “Cantos de Maldoror”... Además de lo ineludible que es descubrir la similitud al compenetrarse en la poesía de ambos, fue tan manifiesta la afinidad que sintió Miguel Ángel con su obra que, al cumplirse el centenario de la muerte de Lautrémont, la Revista Siete Días, donde trabajaba como periodista, le encargó que le rindiera un homenaje.

Pero Rodolfo Kusch, a pesar de reconocer que Lautrémont rompe con los cánones ligados a la palabra, tomándola como ficción y, a través de sus imágenes haciendo “correr la sangre”, dice que, al terminar de leer sus “Cantos”, uno se siente defraudado. Y ese es el punto donde surge el sentido que tiene este apéndice literario sobre los Cantos de Maldoror en esta obra de características sociológico- políticas. Porque Kusch declara que Maldoror huye de los hombres, pero carente del clima social en su soledad, retorna a ellos y se convierte en un absurdo verbal.

El mal que invoca Maldoror no se libra nunca de la palabra. “Quien dice mal, habla del mundo del verbo, de inteligencia, de acciones explicadas y por lo tanto, de ficción. Y Maldoror hace el mal, dejando constancia de su ardiente

vocación por la vigilia”.⁶ Y en la vigilia, dice Kusch, se alimenta la conciencia del yo, el mundo de las cosas encuentra su fundamento, la vida adquiere la forma de una realidad tangible. “La vigilia es el terreno de la luz, donde mejor se observa la rigidez del ser, y en donde toda desviación es tachada de no-ser o sea de maldad.”⁷ Para Kusch, la vigilia, se interpone, constituyéndose en el terreno de la conciencia, donde finalmente, reina la palabra.

Pese a eso, Kusch ahonda en la raíz de los motivos que hubiera podido tener Leautrémont, esto es su origen americano, del cual se desarraigó muy tempranamente. Esto afirma Lautrémont cuando confiesa en el Canto I. “He nacido en la desembocadura del Plata donde Buenos Aires, la reina del sur y Montevideo, la coqueta, se tienden una mano amiga a través de las aguas argentinas del gran estuario”.

Y entonces, redime la obra de Lautrémont, sustentándola en que ha sido su origen, el que ha determinado, finalmente, la verdad de su obra poética. Y ésta reside en que los “Cantos” parecen haber sido escritos en negativo. Sin querer, pone de relieve, a través de su personaje Maldoror, a quien lo hace incurrir en la farsa de las palabras, en el reino del Verbo engañoso, su oculta intención de traicionar al verbo y recuperar su esencia ancestral, el sedimento de su tierra natal.

Me inclino a sostener que Kusch no hubiera vacilado respecto a Bustos, porque éste se lanza al abismo, expone sus estados emocionales vulnerables y su búsqueda de la verdad: “Te ruego, Monte Calvario que me protejas. Señor de la crueldad, dame tu mal. Como eres dios me puedes colmar de mal. Y haciéndome daño, me salvas del mundo”. (Bustos, 2008). Esa plegaria lo instala en un marco de la negatividad más propia de América, hace más creíble al dios de lo fasto y lo nefasto, lo desarraiga de la ficción de Occidente.

El poeta describe: “Tiene blancas columnas y puertas enormes negras allá, donde he dejado arrodillado el llanto. Hablo del País del Sueño que levanta su mar y su rama en la leve trama de mi frente dormida” y también confiesa: “Temo el sueño, temo la vigilia. Temo vigilar el sueño, soñar la vigilia”. E invoca: “que alguien cubra con una boca desesperada, con unos ojos vacíos el portal que da a la vigilia”.

6 Kusch, Rodolfo, “Apéndices” de “La negación en el pensamiento popular”, Ed. Las Cuarenta, 2008.

7 Kusch, Rodolfo, ob. cit., p.213.

“La palabra, en la magia y en ciertas psicosis, obra como un hechizo que defiende al hombre de inminentes peligros.” (Íbid).

Bustos proclama: “El que no tiene universos que lanzar sólo hará palabras”⁸, y afirma: “Para alcanzar la Revelación, es necesario reemplazar el menudo campo de las letras habladas por los grandes campos de la imaginen movimiento” (Bustos; 2008, 249).

Bustos, por fin, también duda acerca del dominio que él mismo ejerce sobre la palabra: “¿Cumplo el sentido del verbo, o sólo soy un verbo sin sentido?”

Como educadora, he sido seguidora ferviente del Método de Paulo Freire, y me causó algo de curiosidad cuando leí, en “Geopolítica del hombre americano”, cómo Kusch cuestiona su doctrina, diciendo que, en definitiva, el educador brasileño pretendía propiciar un cambio en las estrategias de la cultura preexistente en los campesinos, mediante la aplicación de un método educativo de características occidentales. Freire sostenía, por ejemplo, que “Existir humanamente es pronunciar el mundo, es transformarlo. Los hombres no se hacen en el silencio, sino en la palabra, en el trabajo, en la acción, en la reflexión”.⁹

Kusch remarca las diferencias de búsqueda de soluciones y expone por qué los métodos que se tratan de imponer desde una óptica que desvaloriza las costumbres indígenas representa una intromisión en la coherencia cultural de los indígenas.

Y lo que postula Kusch es no ignorar esos criterios basados en la Naturaleza, en los recursos emanados de sus creencias, de sus mitos y sus orígenes, sino comprenderlos e integrarlos en lugar de tratar de modificarlos.

EL HEDOR DE AMÉRICA

En una ocasión muy anterior a esas jornadas en Jujuy a las que me referí al comienzo, visité el noroeste argentino, Salta y Jujuy, en compañía

8 Bustos, Miguel Ángel, “El Himalaya o la moral de los pájaros”, Editorial Argonauta, 2008

9 Freire, Paulo, “Pedagogía del oprimido”, Siglo XXI, 1972

de mi madre. Llegamos a la Quebrada de Humahuaca, y cruzamos a Bolivia, por el paso fronterizo de Villazón. Fue trasponer la frontera y ser recibida por un hedor persistente: una mezcla de olor a aceite frito, al aroma punzante de los condimentos, unidos quizá a algo que emanaba de la tierra. La luz del sol al mediodía y el panorama de las matronas en cuclillas, con sus caras curtidas, vendiendo sus comidas en medio de animales y niños que corrían: todo ese conglomerado fue lo que hizo penetrar en mayor medida el olor en mis fosas nasales de joven remilgada de Buenos Aires.

Un recuerdo similar al de esa sensación, más lejano en el tiempo y más cercano en cuanto a distancia se refiere, está asociado a la incomodidad de la cual habla Kusch... Solíamos ir a la casa de unos tíos, distante unos 40 km, en lo que llamaríamos el conurbano bonaerense. Viajábamos en tren, el cual tenía dos clases. Primera, con asientos de cuero; y Segunda, con asientos de madera. Mi madre siempre optaba por ir en éstos últimos, para mi disgusto: Recuerdo rogándole ir en Primera, y festejando cuando cedía a mis súplicas. No era sólo el confort lo que motivaba mi insistencia: era el paisaje de las caras enturbiadas por el peso del trabajo opresivo, el amontonamiento, el olor espeso que emanaba de los cuerpos, lo que me excedía.

Remitiéndome a aquellas sensaciones, y asociándolas a lo que Kusch caracteriza como el hedor, me parece que, además de la distinción entre lo pulcro de los cascos urbanos y lo hediondo de lo que se extiende fuera de los límites de la ciudad, surge el sentimiento abrumador y vergonzante de la pobreza, de las carencias relativas al bolsillo; lo que configuraría otro aspecto del hedor. Y corroboro también que, en aquella resistencia de mi parte, pudiera esconderse algo relacionado a un temor irracional de que se aparecieran el diablo, los santos, dios o alguna otra manifestación no terrenal. Entonces, el hedor abarcaría también la sensación de pobreza y el no poder confesar miedos ocultos. Todo lo que se manifestaba, en la impasibilidad de los rostros de la población, ofreciendo sus mercancías, sentada al sol. En ese fulgurante paisaje del altiplano.

CONCLUSIÓN

Ghunter Rodolfo Kusch va a escuchar al que contempla, sentado, la inmensidad de un horizonte que se extiende desde la colina hasta el valle, desde la roca y el árbol, en cuyo tronco se apoya el habitante de

estas tierras, hasta el suelo, donde se asienta la semilla. Un suelo hostil o benévolo, propicio o infecundo, fasto o nefasto. Su quietud es un tributo a la Naturaleza que lo precedió; su actitud, aparentemente negativa, es una búsqueda mesurada del sentido de lo humano, es un situarse en un punto de inflexión entre lo seguro y lo contingente.

Caracterizar a algo de innombrable puede deberse a que sea algo sobre lo que nada se sabe, o algo que nos infunde un miedo irracional que hace que nos rehusemos a tomar conciencia de ello; o bien, algo amenazador contra lo cual nos amurallamos.

Pero hay una posibilidad de abordar lo innombrable, y es la Poesía: la que puede indagar en lo sagrado y en lo profano, en lo oculto y en lo manifiesto. Y todo eso es característico de América. De la América profunda de la que se ocupó Rodolfo Kusch. Y también Miguel Ángel Bustos.

He organizado este trabajo mediante algunos subtítulos. Pero creo que el siguiente texto en prosa de Miguel Ángel Bustos, que publicara en el diario *La Opinión* el 5 de setiembre de 1971 ratifica las coincidencias que he tratado de desarrollar.

“Que nada se sabe o como todo se devora a sí mismo

Todo pájaro vuela como centro y eje de una bandada mayor. Un pájaro es igual a otro que canta en nuestra memoria. Si hallamos uno solo que se diferencie, la idea que tenemos de él se altera con un fulgor brevísimo: así la visión se carga con nueva energía.

Sólo en la noche y al dormirnos percibimos la rotación del planeta.

El cielo que soportan nuestros antípodas es el mismo que nos mira a nosotros: somos, por lo tanto, dos estados o dos grados de manifestación de un único paisaje o fenómeno físico que es siempre idéntico a sí mismo.

Ciertos hechos que ocurren en las comarcas límites siguen ocurriendo allí: pues, si tratamos de recordarlos, huyen. Y suceden en la vida de algún extraño que, en simultaneidad aterradora, se mira actuar desde nosotros sin serlo jamás.”

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

“El color y el delirio”, Panorama, Nro.188, 1/12/70

Bustos, M. Á. (2008), “El Himalaya o la moral de los pájaros”, Libro Primero, Editorial Argonauta.

Bustos, M. Á. (2008), “Visión de los hijos del mal”, Poesía Completa, Editorial Argonauta.

Bustos, M. Á. (2007), Prosa 1960- 1976, Ediciones del CCC.

De Certau, M. (2007), “La invención de lo cotidiano”, El oficio de la Historia.

Kusch, R. (1999), “América Profunda”, Editorial Biblos.

Kusch, Rodolfo, “El pensamiento indígena y popular en América”,

Kusch, (2008), “La negación en el Pensamiento Popular”, Ediciones Las Cuarenta.

Ugarte, Manuel, (1932), “El dolor de escribir”, Fondo Nacional de las Artes. Colección Autobiográficas N° 8.